

le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto, que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante.—Ahora sí, dijo Don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.—No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida.—Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viage, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no menos suspension que la pasada.

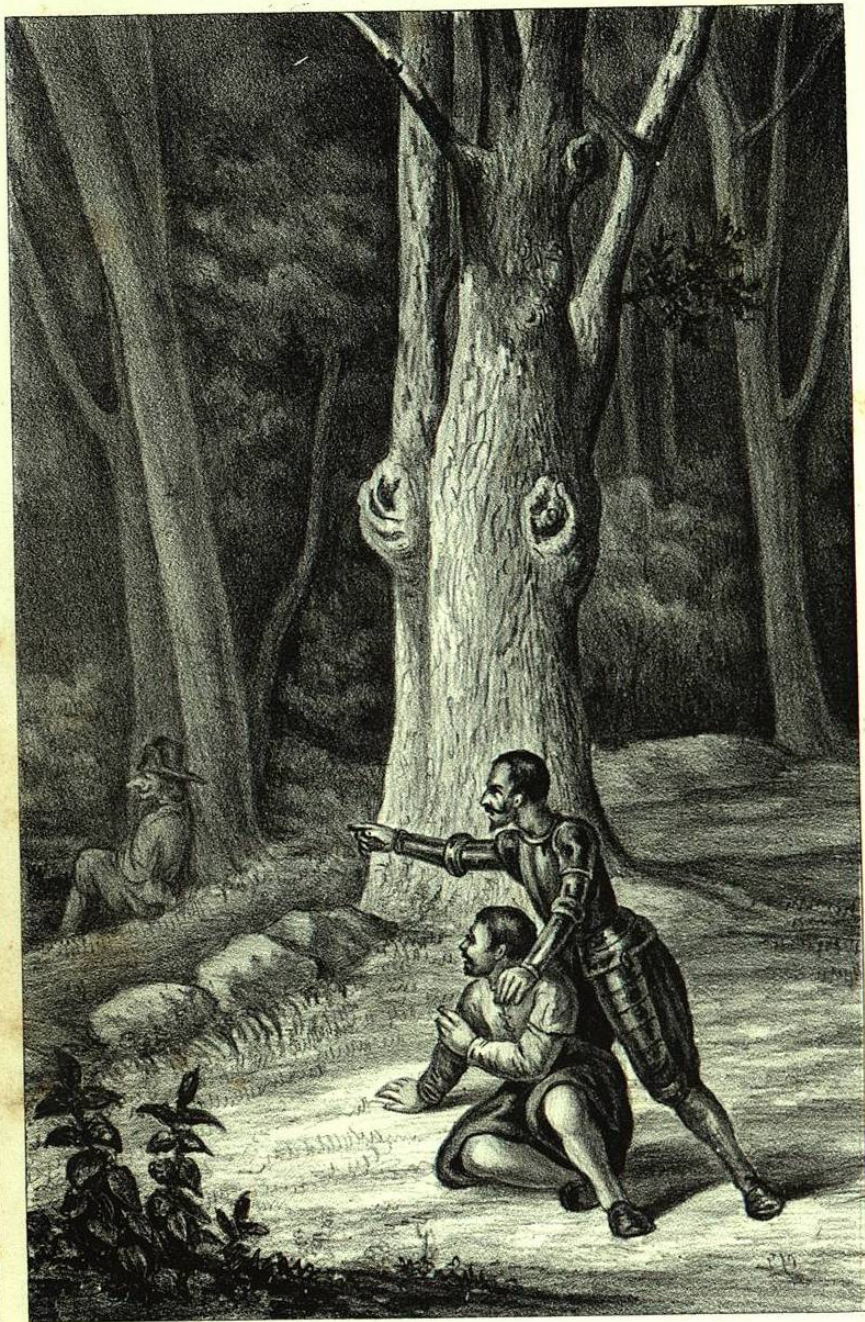


## CAPÍTULO XII.

De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos.

**L**A noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte, la pasaron Don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido Don Quijote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor:—Señor, qué tonto hubiera andado yo, si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto, mas vale pájaro en mano, que buitre volando.—Todavía, respondió Don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer, como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos.—Nunca los cetros y coronas de los emperadores farzantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata.—Así es verdad, replicó Don Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mesmo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontifices, caballeros, damas y otros diversos personajes? uno hace el rufian, otro el embustero, éste el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y aca-

bada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.—Sí he visto, respondió Sancho.—Pues lo mismo, dijo Don Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.—¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular officio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.—Cada dia, Sancho, dijo Don Quijote, te vas haciendo menos simple y mas discreto.—Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso, era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir, y desaliñando el rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser espreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la mesma libertad que al rucio, cuya



amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudian á rasarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres días, á lo menos todo el tiempo que les dejaba, ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, y Pilades y Oréstes: y si esto es así, se podia echar de ver para universal admiracion, cuán firme debió ser la amistad destes dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo: No hay amigo para amigo: las cañas se vuelven lanzas<sup>1</sup>; y el otro que cantó, de amigo á amigo la chinche<sup>2</sup>, &c. Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destes animales á la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente, Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y á escuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla, dijo al otro:—Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El

<sup>1</sup> Estos son dos versos de un romance de las *Guerras de Granada* por Gines de Hita, donde se pintan las fiestas de aquella ciudad, en que los Zegries y Abencerrages se guardaron tan poca amistad, que se mataron unos á otros.

<sup>2</sup> Refran antiguo que se halla en la coleccion del marques de Santillana, aunque con alguna variedad: *de compadre á compadre chinche en el ojo*. En las colecciones de Valles y Blasco de Garay, se dice: *de amigo á amigo chinche en el ojo*; proverbio que, segun Covarrubias, en el artículo *chinche*, se dice del que profesando ser amigo de otro, no le hace obras de tal. La expresion de Cervantes indica que este refran servia de estribillo á algun cantar de su tiempo.—(Clemencin.)

decir esto y el tenderse en el suelo, todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado, manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debia de ser caballero andante: y llegándose á Sancho que dormia, le trabó el brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja, le dijo:—Hermano Sancho, aventura tenemos.—Dios nos la dé buena, respondió Sancho, ¿y adónde está, señor mio, su merced desa señora aventura?—¿Adónde, Sancho? replicó Don Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce, no debe de estar demasidamente alegre, porque le ví arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas.—¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura?—No quiero yo decir, respondió Don Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece, templando está un laud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.—A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe de ser caballero enamorado.—No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo Don Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta: que de la abundancia del corazon habla la lengua.—Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atónitos, oyeron que lo que cantó fué este:

## SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,  
 Conforme á vuestra voluntad cortado,  
 Que será de la mia así estimado,  
 Que por jamas un punto dél desdiga.  
 Si gustais que, callando mi fatiga,  
 Muera, contadme ya por acabado:  
 Si quereis que os la cuente en desusado  
 Modo, haré que el mesmo amor la diga.  
 A prueba de contrarios estoy hecho,  
 De blanda cera y de diamante duro,  
 Y á las leyes de amor el alma ajusto.  
 Blando cual es, ó fuerte, ofrezco el pecho:  
 Entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,  
 Que de guardarlo eternamente juro.

Con un *ay!* arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el Caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada, dijo:—¡O la mas hermosa y la mas ingrata muger del orbe! Como que ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho, que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha?—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote, que yo soy de la Mancha y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la cabeza de mi señora: y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará mas.—Sí hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque, que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida:—¿Quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos?—De los afligidos, respondió Don Quijote.—Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma. Don Quijote que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni menos. El caballero lamentador asió á Don Quijote del brazo, diciendo:—Sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. A lo que respondió Don Quijote:—Caballero soy de la profesion que decis, y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las agenas desdichas: de lo que cantaste poco ha, colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que teneis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas.—Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quijote, ¿sois enamorado?—Por desventura lo soy, respondió Don Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamien-

tos, antes se deben tener por gracias que por desdichas.— Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos, parecen venganzas.— Nunca fui desdeñado de mi señora, respondió Don Quijote.— No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca.— ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque.— Sí es, respondió Don Quijote.— Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo menos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.— Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun.... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asíó por el brazo á Sancho, diciéndole:—Vámonos los dos donde podamos hablar escuderialmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á esos señores amos nuestros que se den de las astas, contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de haber acabado.— Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.



## CAPÍTULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

**D**IVIDIDOS estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho:—Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes, en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres.—Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos, porque ¿quién mas calor y mas frio que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay, que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos, si no es del viento que sopla.—Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio: porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo menos á pocos lances se verá premiado con un hermoso Gobierno de qualque ínsula, ó con un Condado de buen parecer.—Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula, y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces.—Yo, dijo el del Bosque, con un Canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo.—Y que tal debe ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced, caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser Arzobispo; pero él no quiso sino ser Emperador, y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por